

Victoria Díez y Bustos de Molina, Beata

Santoral / Santoral

Por: Marisa Rodríguez | Fuente: Boletín Informativo No. 1 Septiembre 1993 Institución Teresiana

Virgen y Mártir. Martirologio Romano: En la villa de Hornachuelos, cerca de Córdoba, en España, beata Victoria Díez y Bustos de Molina, virgen y mártir. Ejerció el cargo de maestra en el Instituto Teresiano y, desencadenado el ataque contra la Iglesia, proclamando su fe cristiana y exhortando a otros al martirio, mereció la misma sufrir el martirio (1936). Victoria solo vivió 33 años pero su vida fue grande. Se hizo maestra y ejerció siempre de guía, en la cabecera de la marcha. Creyente fuerte que nunca pudo negarlo. Pidió "precio" por la fe de un pueblo y lo pagó con la vida. Su corta biografía es hoy un verdadero testimonio que la prolonga en el tiempo.

Los primeros años de la vida de Victoria transcurren en el seno de una familia sencilla y creyente de la Andalucía de primeros de siglo. Su padre, José Díez Moreno es gaditano, escribiente y apoderado de una casa comercial de Sevilla. Su madre, Victoria Bustos de Molina trabaja en casa como buena parte de las mujeres de entonces. Ambos ponen toda su atención e interés en la formación de su hija, en la que pronto destacan cualidades hondas, que los años ir perfilando cada vez más.

Victoria es una joven inquieta, morena; tímida y frágil. De poca estatura externa y en su interior la pequeñez de los grandes, la fortaleza de quien se ha fiado de un solo Señor. Sobresale en ella su prematura capacidad de entrega a los demás y una especial sintonía con cualquier manifestación de fe. Posee asimismo notables cualidades artísticas que la llevaron a estudiar seis años en la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla. Pero Victoria es, sobre todo, maestra, y así le gustaba a ella que la llamaran; esta vocación la descubre cuando en 1923 termina su carrera docente, con brillantes calificaciones.

En 1925 conoce la Institución Teresiana y reconoce en ella su propio lugar en la vida. Una especie de destino profético la impulsa a una entrega sin límites. La propuesta de Pedro Poveda, basada en la fuerza transformadora del creyente a través de su profesión, juntando "fe y vida", encaja con todas sus aspiraciones. La mediación educativa en todas sus manifestaciones era la clave de la misión de aquella Institución y dicho planteamiento atrae de forma definitiva a esta mujer de cualificada vocación docente. Un año más tarde, en 1926, forma parte de la Asociación de Poveda.

Peregrinación

Su primer nombramiento oficial en 1927, tras ganar las oposiciones correspondientes, es para un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz, Cheles; pero el verdadero "destino" de Victoria están Hornachuelos, lugar serrano de Córdoba donde permanecerá desde el año 28 hasta el final de sus días, en agosto del 36. Es un pueblo claro y blanqueado que se extiende en la falda de Sierra Morena como un pájaro al sol. Al verlo a distancia la joven maestra siente el deseo de conocerlo a fondo, de entrar con su gente, de hacerse para todos, y lo exterioriza en una frase que ha quedado definitivamente escrita en la historia de su corta vida: "Señor, peregrinación". Nada la detendrá.

Durante su estancia en Hornachuelos, donde permanecerá ocho años, Victoria desarrolla una intensa actividad de servicio de la Iglesia y de la sociedad local, además de sus tareas específicas como docente. Impulsa la Acción Católica, organiza cursos nocturnos para mujeres trabajadoras, ayuda a las familias necesitadas y pone en marcha la catequesis infantil, que continuará impartiendo cuando se prohiba a los maestros dar clases de religión. Al mismo tiempo, ejerce sus funciones como Presidenta del Consejo Local del Pueblo.

Pero si conquistó seguidamente aquella pequeña sociedad de Hornachuelos no fue precisamente por su brillantez ni por todo lo que "hizo", con ser mucho, por ampliar las posibilidades humanas del entorno. Ya habido dicho Pedro Poveda -ella lo sabía bien- que los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles porque sin deslumbrar alumbran, esto es, por sus frutos, por su forma de situarse y compartir la vida. Esta fue la gracia de Victoria en lo que serían sus últimos ocho años: llevar hasta el extremo el "reto del dar"; allanar caminos, implicarse en las necesidades, sobre todo de los más humildes, contagiar la fe que lleva a flor de piel, hablar sin miedo.

Digna seguidora de Pedro Poveda, acertada a ver el valor de lo sencillo, la grandeza de lo pequeño, que "no hay que ser rico para dar", y desde esta clave favorecer todo aquello que potencia la vida.

Victoria encarna perfectamente el tipo de persona que el Fundador quiso para la Institución Teresiana, con "un exterior común y singularidad por dentro". Ella, desde luego, lo era porque en aquella muchacha aparentemente sencilla había mucha "Victoria".

Animo, adelante

El día veinte de julio de 1936, recién estallada la guerra civil española, arrestaron al proco de Hornachuelos con quien Victoria había colaborado intensamente en tareas de la iglesia local. El 11 de agosto era requerida a prestar declaración ante el Comité

En la madrugada del día 12 Victoria fue conducida junto con 17 hombres más a las afueras del pueblo para emprender una marcha de 12 kilómetros sin vuelta posible, y tal vez sea este camino el que la convierte en una mujer excepcional. Ahora no es ya solo la maestra buena, suave y disponible; ahora es una mujer de fe, que marcha con la fuerza del convencido, que sabe cargar con los miedos propios y ajenos, dando valor al grupo: "¡vamos!", es su palabra más repetida.

"Animo, adelante". En alguna ocasión ella había escrito: "si es preciso dar la vida para identificarse con Cristo, desde hoy dejó de existir...". "Si hay que morir se muere", había afirmado Pedro Poveda.

Estas palabras se cargan ahora de fuerza testimonial porque quien las pronunció también las hizo vida en su propia carne. Victoria sabía que "crear bien y enmudecer no es posible", y ella creyó hasta el límite de dar la vida. Y la entrega aquella madrugada del 12 de agosto, después de haber recorrido el último tramo a pie, entre hombres, compartiendo su misma suerte, como había vivido siempre.

Fue beatificada el 10 de octubre de 1993 por S.S. Juan Pablo II.